

Segunda conferencia de un ciclo pronunciado por Rudolf Steiner en Düsseldorf, Alemania, del 12 al 18 de abril de 1909 (Obras completas GA 110), titulado

Jerarquías espirituales y su reflejo en el mundo físico

Zodíaco, Planetas, Cosmos

Rudolf Steiner

L

a sabiduría que emanaba de los sagrados antiguos Rischis en el primer período cultural de la época postatlante se nutre de las primigenias fuentes espirituales de la existencia. Era lo significativo de aquella enseñanza antigua, de aquella investigación en los albores de nuestra época postatlante, que penetraba en los procesos naturales a una profundidad tal como para reconocer en estos procesos el obrar espiritual. En realidad, nosotros constantemente nos encontramos rodeados por sucesos espirituales y por seres espirituales. Todo cuanto sucede en lo material es tan sólo expresión de una realidad espiritual, y todas las cosas que se nos presentan en el mundo material no son más que envolturas externas de entidades espirituales.

Ahora bien, cuando aquella antiquísima enseñanza sagrada hablaba de los fenómenos que percibimos en nuestro entorno, solía destacar un fenómeno en especial, el fenómeno natural más importante de los que rodean al hombre: el fuego. Toda explicación referente a cuanto sucede sobre la Tierra se enfocaba desde la investigación espiritual del fuego. Si ahora nos acercamos a entender algo mejor aquella, podríamos decir, doctrina oriental del fuego, de trascendental importancia para el conocimiento y para todo proceso vital de esa época, debemos mirar más de cerca los demás fenómenos y elementos naturales tal como los concebía aquella antiquísima ciencia espiritual, que bien mantiene su validez en nuestros días.

Todo cuanto por de pronto rodea al hombre como entorno físico se atribuía a los así denominados cuatro elementos, poco respetados hoy en día por nuestra ciencia moderna materialista. Ustedes saben por supuesto que estos elementos son tierra, agua, aire y fuego. Pero en los lugares donde florecía aquella ciencia espiritual, por tierra se entendía algo muy distinto de lo que denominamos hoy tierra. Se caracterizaba con ello un estado, una expresión del ser material: el estado sólido. Todo cuanto hoy denominamos sólido, la ciencia espiritual le llamaba térreo. Tanto la sólida tierra de labranza como un cristal de roca, un trozo de plomo o de oro, todo lo sólido se llamaba tierra. Del mismo modo, a todo líquido se denominaba acuoso o agua, no solamente a lo que llamamos agua en la actualidad. Si llevamos al estado de incandescencia el hierro, por ejemplo, y éste se derrite por el calor y comienza a fluir, para la ciencia espiritual aquel hierro que se escurría era agua. Todos los metales en estado líquido se concebían como agua. Y todo cuanto hoy calificamos de aéreo, el estado que también denominamos gaseoso, se llamaba aire independientemente del elemento que lo compusiera, gas de oxígeno, de hidrógeno u otros.

El cuarto elemento era para ellos el fuego. Como saben los que se acuerdan de los conceptos elementales de física, la ciencia actual no ve en el fuego algo que se pueda comparar con tierra, aire o agua; la física actual entiende al fuego como estado en movimiento. La ciencia espiritual ve en el calor o en el fuego algo que se compone de una substancialidad aún más sutil que el aire. Tal como la tierra o lo sólido se transforma en líquido, así para la

ciencia espiritual lo aéreo pasa lentamente al estado fuego, siendo el fuego un elemento tan sutil que impregna a todos los demás elementos. El fuego impregna el aire y lo calienta, se transmite también al agua y a la tierra. Mientras los otros tres elementos se reparten, se diseminan, como si dijéramos, vemos el elemento fuego impregnar absolutamente todo cuanto existe.

Ahora bien; dice la antigua ciencia espiritual, y con ella también la nueva ciencia espiritual: hay otra diferencia, una diferencia apreciable entre lo que denominamos tierra, agua, aire y lo que denominamos fuego o calor. ¿Cómo puede reconocerse lo térreo o sólido? Bien, diremos, tocándolo. Sentimos lo sólido al tocarlo y al presentarnos resistencia. Algo similar sucede con lo líquido, aunque al tocarlo cede más fácilmente y la resistencia que presenta es menor, pero de todos modos lo sentimos como algo exterior a nosotros que se resiste. Lo mismo sucede con el elemento aire; sólo lo percibimos exteriormente. Algo distinto sucede con el calor. Hay que rescatar aquí algo que la actual forma de ver al mundo no siente como hecho significativo, pero que debe ser comprendido en su importancia si se quiere llegar a una visión más íntima de los reales enigmas de la existencia.

La cuestión es que también sentimos al calor sin tocarlo desde afuera. Esto es lo esencial: percibimos el calor de un cuerpo que contiene un cierto grado de calor cuando nos acercamos a tocarlo; podemos sentir desde afuera ese calor tal como percibimos a los otros tres elementos, pero también sentimos el calor en nuestros propios estados internos. Por ello, ya desde la antigua India la ciencia afirmaba: sientes a tierra, agua y aire solamente en el mundo exterior; el calor es el primer elemento que también puede ser sentido interiormente.

Calor o fuego tiene entonces, por decirlo así, dos caras: una cara externa que se nos evidencia al sentirla desde afuera; una cara interna cuando sentimos en nosotros un cierto estado calórico. Es un hecho que el ser humano siente su estado calórico interno, se siente acalorado o tiene frío; pero poco se ocupa conscientemente de lo que son en él sustancias aéreas, acuáticas o sólidas, de lo que hay en él de aire, agua y tierra. Recién comienza a sentirse a sí mismo – en el elemento del calor. Una cara interna y una cara externa tiene este elemento, por lo que decía la ciencia espiritual antigua, y con ella la moderna: el calor o el fuego es aquello en lo cual lo material comienza a hacerse anímico. Podemos hablar entonces, en el real sentido de la palabra, de un fuego externo que percibimos igual que a los otros elementos, y de un fuego anímico interno.

De este modo, el fuego se constituía para la ciencia espiritual en puente entre lo exteriormente material y lo anímico que el ser humano sólo percibe interiormente. Se solía ubicar al fuego o al calor en el centro de toda observación de la naturaleza porque el fuego es una especie de portal que nos posibilita pasar desde el exterior al interior. Y efectivamente, este fuego es como una puerta delante de la cual uno se encuentra parado; se la mira desde afuera, se la abre y se la puede mirar desde adentro. Esto es lo que distingue al fuego de entre los fenómenos naturales. Se palpa un objeto exterior y se conoce el fuego que acude desde afuera al igual que los otros tres elementos; se percibe el calor interno y se lo siente como algo que pertenece a uno mismo. Uno se encuentra de la puerta para adentro y penetra en lo anímico: esto decía la ciencia del fuego. Y por ello se veía en el fuego el punto de enlace entre lo anímico y lo material. Con esto ciertamente colocamos nuestra alma frente a una lección elemental de la primera sabiduría humana.

Decían los antiguos maestros aproximadamente así: ¡observa un objeto que quema, que es reducido por el fuego! Observarás dos cosas frente a este objeto en llamas. Una se denominaba en ese entonces humo – hoy también podría ser llamada así –; la otra se llamaba

luz. Son estos dos los fenómenos naturales que se nos presentan cuando un objeto es presa de las llamas: luz por un lado, humo por el otro. Así veía la antigua ciencia espiritual al fuego ubicarse entre luz y humo. El maestro decía: es como si naciera de la llama por un lado la luz, por el otro el humo.

Ahora bien, debemos aclararnos un hecho muy simple, pero de largo alcance con relación a esta luz que nace del fuego. Es muy probable que muchas personas, si se les preguntara ¿ves la luz?, responderían ¡por supuesto veo la luz! Sin embargo, esta respuesta es totalmente desacertada, puesto que en realidad no hay ojo físico que vea la luz; es falso decir que se ve la luz. Por medio de la luz se ven los objetos sólidos, líquidos o aéreos, pero no se ve la luz misma. Imagínense ustedes a todo el cosmos iluminado por luz y la fuente de luz ubicada en algún lugar donde no la pudieran ver, por ejemplo detrás de ustedes, y ustedes mirando hacia el cosmos que se encuentra inundado de luz – ¿verían ustedes a la luz? No verían absolutamente nada. Recién verían algo cuando algún objeto se ubicara en el espacio. No se ve la luz, sino tan sólo lo sólido, lo líquido, lo gaseoso por medio de la luz. Vale decir, en realidad la luz física no se ve para nada con el ojo físico.

Para el ojo espiritual, esto es algo que se destaca con mucha nitidez. Por ello la ciencia espiritual dice: la luz hace visible todas las cosas, pero la luz misma es invisible. Y esta es una oración importante: la luz es imperceptible. No puede ser percibida por sentidos externos; se puede percibir algo sólido, líquido, gaseoso; ya se puede percibir apenas como último elemento el calor o el fuego en su exteriorización, como también se lo puede comenzar a percibir interiormente, pero la luz misma ya no se puede percibir externamente. Si ustedes creen que, cuando ven el sol, se ve luz, están equivocados: se ve un cuerpo en llamas que irradia luz. Si investigaran este cuerpo, se encontrarían con algo gaseoso, líquido, terroso. No se ve la luz; lo que se ve es lo que quema.

Si nos elevamos entonces – así dice la ciencia espiritual – desde la tierra pasando por agua y aire hacia el fuego y luego hasta la luz, nos movemos desde lo materialmente tangible en dirección a lo invisible, entrando en el ámbito de lo etérico–espiritual. Diciéndolo de otro modo: el fuego se encuentra en el límite de lo que se percibe desde afuera, lo material, y lo que es etérico, espiritual, que ya no se percibe desde el exterior.

¿Qué ocurre entonces cuando un objeto es devorado por las llamas, es decir por el elemento fuego? ¿Qué sucede durante la combustión? Cuando algo se quema, surge por un lado la luz. Lo primero que aparece, ya imperceptible exteriormente, lo que actúa hacia el mundo espiritual, lo que ya no es material en el sentido físico es el calor cuando es lo suficientemente intenso para transformarse en fuente de luz. Esta fuente de luz entrega algo a lo invisible, entrega algo que ya no es perceptible exteriormente, pero debe “pagar” esto mediante el humo; debe dejar que surja desde lo que primero es transparente, lumínico, lo opaco, lo humoso. Vemos muy claramente que el calor o el fuego se separa: hacia un lado surge luz – con lo que se abre un camino hacia el mundo suprasensorial. Pero para compensar que se envía algo en forma de luz hacia el mundo suprasensorial, debe enviarse algo hacia abajo, hacia el mundo material, hacia el mundo de lo opaco pero visible. Nada surge unilateralmente en el mundo. Todo lo que es llamado a la existencia tiene dos caras: cuando surge del calor la luz, surge del otro lado opacidad, materia oscura. Esta es antiquísima enseñanza de la ciencia espiritual.

Así como hemos descripto los procesos hasta aquí, hemos visto únicamente su cara externa, el proceso físico material. Sin embargo, a este proceso físico material le subyace algo

substancialmente distinto. Cuando ustedes se encuentran frente a un objeto con calor que aún no ilumina, éste contiene en cierto modo el calor mismo que pueden percibir, lo físico externo; pero hay algo espiritual en el interior. Si este calor se intensifica tanto que llega a emitir luz y producir humo, algo de lo espiritual que yacía en el calor debe irse con el humo. Y esto espiritual que se encuentra primero en el calor, que con el humo pasa a ser aéreo pasando por tanto a un nivel inferior al del calor, esto que aparece ahora en el humo, en lo turbio, se encuentra en un estado de real encantamiento. Entidades espirituales ligadas con el calor se tienen que avenir, por decirlo así, a dejarse hechizar en lo que se está haciendo más denso, más turbio. Y así sucede con todo lo que a modo de opacidad, de materialización se desprende del calor: se encuentra ligado a un encantamiento de seres espirituales.¹

Podemos plantearlo también de una forma más pronunciada. Pensemos que, como hoy ya es posible, lograríamos llevar aire a su estado líquido. El aire mismo de por sí no es otra cosa que calor comprimido: el aire surge del calor mientras se forma humo. En el humo ha sido encantado lo espiritual que hubiera querido estar en el fuego. Entidades espirituales, que suelen denominarse también seres elementales, se encuentran como hechizadas en todo lo que es aire, y este encanto, este hechizo se intensifica cuando el aire es llevado a su estado líquido porque estos seres son confinados a un nivel de existencia más bajo aún. Por ello, la ciencia espiritual ve en todo lo que se percibe exteriormente algo que ha surgido desde un estado primigenio de fuego o de calor: es transformado en aire, humo o gas mientras el calor va condensándose hacia el gas, el gas pasa a ser líquido, el líquido pasa a ser sólido. “Mirad para atrás, – así dice el científico espiritual –, mirad algo sólido: alguna vez ha sido líquido. Recién en el curso de la evolución ha ido transformándose en algo sólido, y lo líquido alguna vez ha sido gaseoso, y lo gaseoso se ha formado como humo desde el fuego. Pero este proceso de condensación, este hacerse gaseoso, hacerse sólido siempre va ligado a un encantamiento de seres espirituales”.

Miremos entonces en derredor nuestro, contemplemos las piedras sólidas, los torrentes de agua fluyente, observemos el agua que se evapora y se eleva como neblina, miremos el aire, veamos todo lo sólido, líquido, gaseoso y calórico: en el fondo no tendremos ante nosotros otra cosa que fuego. Todo es fuego, solo que es fuego densificado; oro, plata, cobre, todo es fuego densificado. Todo fue alguna vez fuego, todo nació del fuego – pero en todo lo comprimido yace, hechizado en su interior, algo espiritual.

Podemos preguntarnos: las entidades divino–espirituales que nos rodean, ¿cómo logran hacer surgir algo sólido tal como existe en nuestro planeta, hacer surgir lo líquido, lo aéreo? Envían hacia abajo los seres elementales que viven en el fuego, los encierran en aire, agua y tierra. Son los emisarios, los mensajeros elementales de entidades espirituales creadoras y formadoras. Primero se encuentran estos seres elementales en el fuego. En el fuego – si hablamos en imágenes – todavía se sienten bien, pero son, por decirlo así, condenados a vivir en el encantamiento. Mirando en nuestro derredor, nos diremos: estas entidades, a quienes les debemos todo aquello que se encuentra a nuestro alrededor, han debido descender del elemento fuego y se encuentran aprisionados por encantamiento en los objetos.

¿Podemos nosotros como seres humanos, hacer algo por estos seres elementales? Esta es la gran pregunta que se planteaban los sabios Rishis. ¿Podemos hacer algo para liberar lo que está bajo hechizo? ¡Sí, podemos hacer algo! Puesto que lo que hacemos nosotros, los seres humanos, en este mundo físico, tampoco es otra cosa que expresión exterior de procesos espirituales. Todo lo que hacemos tiene al mismo tiempo su significado en el mundo espiritual.

Supongamos por ejemplo lo siguiente: un hombre se encuentra frente a, digamos, un cristal de roca o una pieza de oro o algo similar. Lo mira. ¿Qué sucede cuando una persona mira, cuando fija su sentido de la vista sobre un objeto exterior? ¿Qué sucede en ese momento? Se instala un intercambio continuo entre los seres elementales encantados y el hombre. Lo que se encuentra hechizado dentro de la materia, y el hombre, ambos tienen que ver uno con el otro. Supongamos ahora que la persona mira fijamente al objeto, viendo lo que de afuera llega a sus ojos: todo el tiempo hay algo que penetra en el ser humano de estos seres elementales. En forma ininterrumpida, de la mañana a la noche, algo de estos seres elementales hechizados toma su camino hacia el interior del hombre. Cuando usted percibe, se desprende continuamente de su entorno un enjambre de estos seres elementales que están encantados y que siguen siendo hechizados todo el tiempo por los procesos de densificación del mundo, un tropel de esta índole penetra sin parar en su interior.

Supongamos ahora que un hombre que se encuentra mirando de esta forma los objetos, no tuviera para nada la intención de reflexionar sobre ellos, ninguna intención de revivir en su alma algo del genio de las cosas. Pasea cómodamente por el mundo sin elaborar nada en su interior, ni con ideas ni con sentimientos; se mantiene como mero espectador de lo que le viene al encuentro desde el mundo material. En esta situación, los seres elementales penetran en su interior y se encuentran ahora dentro de él; en el proceso cósmico no han ganado nada más que haber cambiado su lugar desde el mundo exterior hacia el interior del hombre. Supongamos en cambio que la persona fuera alguien que elabora las impresiones del mundo exterior en forma espiritual, alguien que con sus conceptos, sus ideas se forma imágenes sobre los fundamentos espirituales del mundo, alguien que no fija su vista simplemente sobre un trozo de metal, sino que reflexiona sobre su esencia, siente la belleza que contiene, espiritualiza su impresión: ¿qué está haciendo esta persona? Redime por medio de su propio proceso espiritual a los seres elementales que rebasan del exterior hacia él; los eleva hacia el estado que tuvieron anteriormente, los libera del hechizo.

De este modo y según nuestra propia espiritualización, podemos encerrar a las entidades que se encuentran encantadas en aire, agua y tierra, encerrarlas en nuestro interior sin transformarlas, o podemos liberarlas en la medida en que nos espiritualizamos más y más, redimir las, devolverlas al elemento que les es propio. El ser humano recibe el flujo de seres elementales del exterior hacia su interior durante toda su vida terrenal. En la medida en que los mira sin participación interior, en esa medida entrarán en su interior sin transformación; en la medida en que el hombre procura acercarse con atención a los objetos del mundo exterior y se esfuerza por comprenderlos con su espíritu por medio de ideas, conceptos, sentimientos de belleza y demás, en esa misma medida redime y libera estos seres elementales espirituales.

¿Y qué sucede ahora con esos seres elementales que han tomado su camino desde los objetos para penetrar en el hombre? ¿Qué sucede con ellos? Por de pronto, se hallan en el interior del hombre. También los que han sido liberados deben permanecer en el hombre, pero tan sólo hasta el momento de su muerte física. Cuando el hombre pasa el umbral de la muerte se produce una diferencia entre aquellos seres elementales introducidos en el hombre que él no ha elevado nuevamente hacia un estado superior, y aquellos que el hombre, gracias a su propia espiritualización, ha vuelto a llevar al elemento que les es propio. Los seres elementales que no han sido transformados por el hombre, no han ganado nada por cambiar desde los objetos al hombre; los otros sí, han ganado, han logrado regresar a su mundo de procedencia con la muerte del hombre. El ser humano es, en su vida, un lugar de paso para estos seres elementales. Y luego, cuando el hombre ha pasado por el mundo espiritual y vuelve a nacer en

una próxima encarnación, cuando entra por el portal del nacimiento, todos los seres elementales que el hombre no ha liberado anteriormente vuelven con él al mundo físico; pero aquellos a los que ha liberado cuando desciende no los trae de vuelta, porque han regresado a su elemento de origen.

Vemos entonces cómo el hombre, por medio de su propia evolución, por medio de la forma en que se comporta frente a la naturaleza exterior, tiene en sus manos liberar a los seres elementales que obligadamente se encuentran encantados para posibilitar nuestra existencia terrenal, o también encadenar estos seres a la tierra más todavía que antes. ¿Qué hace entonces un ser humano que observa un objeto exterior y redime al ser elemental que yace en él, liberándolo? En sentido espiritual hace lo contrario de lo que ha sucedido primero. Mientras que antes desde el fuego se ha formado el humo, el hombre forma ahora desde el humo nuevamente de un modo espiritual el fuego; sólo que libera ese fuego recién después de su muerte. Ahora piensen ustedes por un momento, ¡cuán inmensamente profundas y cuán intensamente espirituales han sido las antiguas costumbres de los sacrificios, mirándolos a la luz de la antiquísima sagrada ciencia espiritual! Imagínense por un momento el sacerdote frente al altar de los sacrificios de aquellas épocas, en las que la religión realmente se fundamentaba en la experiencia, en el conocimiento de leyes espirituales; imagínense al sacerdote encendiendo la llama y al humo elevándose, y el ascender del humo realmente convirtiéndose en sacrificio por estar acompañado de oraciones. ¿Qué sucede allí? ¿Qué sucede en general con un sacrificio así? El sacerdote se encuentra parado frente al altar donde se produce el humo. Siempre que se separa lo sólido del calor, está encantándose un espíritu – al mismo tiempo sin embargo, por el hecho de que un hombre acompaña todo este proceso con sus oraciones, este espíritu se incorpora en los hombres de un modo que le permite ascender nuevamente a los mundos superiores después de la muerte del hombre. ¿Qué decía entonces el que participaba de la antigua sabiduría a los que debían comprenderla? Decía: si tú miras el mundo exterior de modo que tu proceso espiritual no consista sólo en quedarte suspendido con el humo, sino en elevar lo espiritual hacia el elemento fuego, entonces liberas después de la muerte al espíritu encantando en el humo.

(...)² Ahora bien; no solamente en el fuego y en lo que tiene que ver con él se hallan comprometidos los seres elementales. Entidades elementales como éstas son emisarios de las entidades divino–espirituales superiores en todo lo que sucede en lo exterior sensible. Nunca, por ejemplo, habrían podido hacerse realidad aquellas fuerzas que producen el día y la noche, de no haber sido por el trabajo de multitudes de estos seres elementales que transmiten impulsos de rotación a los planetas en la forma que les corresponde, precisamente para que suceda esa alternancia entre día y noche. Todo lo que sucede es producido por un tropel de entidades espirituales inferiores y superiores que provienen de las jerarquías. Nos encontramos aquí frente a las entidades más bajas, los emisarios. Entonces, cuando se origina de la noche el día y del día la noche, vive en ello también el actuar de seres elementales. Y es un hecho que el hombre se encuentra en una relación íntima con las entidades de los reinos elementales cuya tarea es ayudar a causar el día y la noche. Si el hombre es perezoso y haragán, si se deja estar, actúa sobre estos seres elementales que tienen que ver con el día y la noche de una forma distinta que si es creativo, trabajador, productivo. Puesto que cuando el hombre es haragán y cómodo, se une con ciertos seres elementales al igual que cuando es productivo, pero de un modo muy peculiar.

Aquellos seres elementales de la segunda categoría a la que nos estamos refiriendo, los

que desarrollan su vida durante el día, hacen "rodar" el día por así decir, con lo que se encuentran en su elemento superior. Pero tal como los seres elementales de la primera categoría, los del fuego, están encadenados al aire, al agua y a la tierra, así ciertos seres elementales están encadenados a la oscuridad, y no se podría separar el día de la noche si estos seres no quedaran, digamos, aprisionados en la noche. El hombre puede disfrutar del día porque entidades divino-espirituales han expulsado seres elementales y los han encadenado a la noche. Y entonces, si el hombre es perezoso, estos seres elementales fluyen constantemente hacia él, pero él los deja como están. A los seres elementales que en la noche están atados a la oscuridad el hombre los deja como están por su haraganería. En cambio, a los seres elementales que entran en él cuando es activo y productivo los conduce nuevamente hacia el día, con lo que libera continuamente de las cadenas a estos seres elementales de la segunda categoría.

Durante el transcurso de toda nuestra vida llevamos a estos seres elementales en nuestro interior, los que hemos incorporado durante nuestra haraganería y los que hemos incorporado durante nuestra productividad. Cuando pasamos por el portal de la muerte, entregamos al mundo espiritual los seres que hemos devuelto al día; los seres que por nuestra haraganería hemos dejado en la noche, quedan atados a nosotros y los traemos con nosotros en una nueva encarnación.

(...)² Ya se figurarán ustedes cómo sigue la cuestión. Lo que hemos descripto para los procesos recién mencionados, sucede también con fenómenos más abarcales de la naturaleza, como por ejemplo con lo que origina los veintiocho días de nuestro mes: el cambio de luna creciente y luna menguante. Hubo de darse una participación multitudinaria de seres elementales como para imprimirle a la luna un movimiento apropiado que provocara nuestros tiempos lunares, como para que todo lo que se relaciona con el cambio de luna se pudiera desarrollar realmente y visiblemente sobre nuestra tierra. Y para ello, nuevamente entidades superiores debían encantar, condenar, encadenar ciertas otras entidades. La visión suprasensible percibe que, siempre cuando la luna aumenta, entidades espirituales cambian de un reino inferior a uno superior; pero para que haya orden, otros seres elementales espirituales deben ser encantados hacia reinos inferiores.

También estos seres de una tercera categoría se encuentran en interrelación con el ser humano. Cuando el hombre está contento, cuando está conforme con el mundo, cuando concibe el mundo de manera tal que abarca en su alma todas las cosas, entonces se encuentra liberando continuamente a las entidades que están encadenadas a la luna decreciente. Estas entidades entran en él y son liberadas constantemente merced a su estado de calma, a su contento interior, a su armonioso sentir y conceptuar el mundo. Aquellas entidades que penetran en el hombre cuando está malhumorado, cuando está gruñón, cuando nada lo contenta, cuando cualquier cosa lo desestabiliza, se quedan en estado de hechizo en el que se encontraban durante la luna menguante. ¡Oh sí!, existen seres humanos que por el hecho de haber llegado a un sentir armonioso frente al mundo, de ser serenos, apacibles y de buen humor, tienen el efecto de ser infinitamente liberadores sobre una gran cantidad de seres elementales que surgieron como recién se ha relatado. El hombre es un redentor de seres espirituales elementales por medio de su sentir armonioso frente al mundo, por medio de un contento interior frente al mundo; el hombre es por su mal humor, por su gruñonería, por su tedio un encadenador de seres elementales, que podrían ser liberados por su contento. Así ven ustedes cómo el humor del hombre no sólo adquiere importancia para él mismo, cómo su estado alegre o tedioso es algo que irradia desde su ser como liberación o atadura. Lo que el

hombre hace desde lo anímico fluye en todas las direcciones hacia lo espiritual.

(...)² Y finalmente tenemos una cuarta categoría de seres elementales. Son aquellos que deben colaborar en el ciclo del sol durante el año, para que el sol de verano pueda iluminar a la tierra despertando y fertilizando, para que aquello que crece y se desarrolla desde la primavera hasta el otoño pueda germinar y prosperar. Para todo ello, ciertos otros seres deben ser encadenados, deben ser encantados durante el tiempo del sol invernal. Y del mismo modo actúa el hombre como se ha descrito anteriormente para los otros rangos de las entidades del reino elemental. Suponga usted un hombre que entra en la época invernal, diciéndose: – las noches se alargan, los días se acortan, llegamos al tiempo del ciclo solar anual en el cual el sol en cierta forma sustrae a la tierra sus fuerzas fecundadoras. La tierra exterior muere, pero acompañando esta tierra decayente me siento tanto más comprometido a revivir espiritualmente. Debo incorporar en mí más y más al espíritu –. Tomemos otro hombre que, acercándose la fiesta navideña, siente subir en su interior cada vez más una actitud de festejo sagrado; aprende a comprender el significado de la fiesta navideña en su relación con el extinguirse del mundo sensible a su alrededor y el revivir tanto más del espíritu. Supongamos que este hombre pasa el tiempo invernal hasta Pascua, y se acuerda que con el revivir del mundo exterior se relaciona la muerte de lo espiritual, vivenciando la Fiesta de Pascua con toda participación interior; una persona así no solamente posee religión exterior, sino una comprensión religiosa de los procesos de la naturaleza, una comprensión del espíritu que obra en la naturaleza. Esta persona libera por medio de su devoción, de su actitud interior espiritual aquella cuarta categoría de seres elementales que continuamente entran y salen fluyendo del ser humano y que están relacionadas con el ciclo del sol. Una persona que es poco devota en este sentido, que niega lo espiritual o no lo siente, que se empantana en el caos materialista, en ella penetran los seres elementales de esta cuarta categoría y permanecen como estaban. Por medio de la muerte sucede nuevamente lo que decíamos, que estos elementales de la cuarta categoría son liberados hacia el elemento que les es propio, o bien quedan encadenados al hombre y deben volver a aparecer cuando se aviene a una nueva encarnación. Así, el hombre condena a revivir con él a estos espíritus del invierno cuando se une a ellos sin transformarlos en espíritus de verano, sin redimirlos por medio de su propia espiritualidad, mientras que de otra forma no volverían a nacer, no tendrían que volver con él.

¡Mira el fuego y mira el humo! Si te ligas con el mundo exterior y tu proceso anímico-espiritual es tal que, cuando surge fuego o humo, tú mismo espiritualizas las cosas por medio de tu proceso cognoscitivo y sensitivo, entonces ayudas a ciertos seres elementales espirituales en su ascenso; si te ligas al humo, los condenas a renacer. Si te unes al día, entonces liberas los correspondientes espíritus del día. ¡Mira la luz, mira el día, observa la luna creciente, la mitad solar del año! Cuando actúas de un modo tal que guías los seres elementales nuevamente hacia la luz, hacia el día, hacia la luna creciente, hacia la época estival del año, redimes a estos seres elementales que te son tan necesarios; con tu muerte ascienden al mundo espiritual. Cuando te ligas con el humo, ves lo sólido sin verlo, cuando te unes a la noche por pesadez o por desidia, cuando te unes a los espíritus de la luna decreciente por medio de tu mal humor, cuando te unes a los espíritus que fueron encadenados en la época invernal por medio de tu alejamiento de Dios o tu falta de espíritu, entonces condenas a estas entidades elementales a volver a nacer contigo.

(...)² Hemos debido mostrar alguna vez mediante un ejemplo relativamente complicado cómo se supo en la sabiduría cósmica antigua de la interacción de todos aquellos espíritus que nos rodean, que se encuentran en nuestro derredor por doquier, que entran y salen fluyendo del ser humano; y también cómo se supo en ese entonces que los actos del hombre constituyen una interacción entre el mundo espiritual y su propio mundo interior. Es aquí donde nos percatamos de la inmensurable importancia del enigma del ser humano, cuando comprendemos que – con todo lo que hacemos, hasta con aquello que es nuestro humor – volvemos a actuar sobre todo el cosmos, cuando comprendemos que nuestro pequeño mundo es de una importancia de inmenso alcance para todo lo que está en evolución en el macrocosmos. Precisamente el enaltecimiento del sentido de responsabilidad es lo más bello y lo más importante de aquello que podemos ganar de la ciencia espiritual. Nos enseña a asir la vida en su real sentido y a tomarla con tanta seriedad que esta nuestra vida, la que debemos incorporar a la corriente evolutiva vital, es incorporada a ella como algo significativo. –

¹ N.del T.: hechizo, encantamiento son palabras textualmente equivalentes al alemán "Verzauberung", término usado por Rudolf Steiner a lo largo de toda la conferencia.

² Se ha omitido la traducción de estos párrafos porque en ellos Rudolf Steiner relaciona los seres elementales con un tema de la conferencia anterior, unos versos del Bhagavad Gita.

Traducción: Rosa Körte

Geduld, du ungeheures Wort!
Wer dich erlebt, wer dich begreift,
Erlebt hinfort, begreift hinfort
Wie Gottheit schafft, wie Gottheit reift!

Christian Morgenstern

*

**¡Paciencia, palabra inconmensurable!
Quien te vivencia, quien te comprende,
Vivencia de allí en más, comprende de allí en más
Cómo obran los dioses, cómo hacen madurar.**

Christian Morgenstern